

Salvá y Hormaechea, Melchor

Las últimas teorías acerca del salario : memoria basada sobre un escrito de Mr. E. Levasseur que se titula "La théorie du salaire" y que está impreso en el número de mayo y junio de 1888 ... de Compte rendu des séances et travaux de l'Académie des Sciences Morales et Politiques ... / leída por Melchor Salvá en las sesiones del 5 de Junio y 30 de Octubre de 1888.

[Madrid] : [Real Academia de Ciencias Morales y Políticas], [1888].

Signatura: D-4386

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente



D-4386

LAS ÚLTIMAS TEORÍAS ACERCA DEL SALARIO

MEMORIA BASADA SOBRE UN ESCRITO DE MR. E. LEVASSEUR QUE SE TITULA *La théorie du salaire* Y QUE ESTÁ IMPRESO EN EL NÚMERO DE MAYO Y JUNIO DE 1888, TOMO XXIX, PRIMER SEMESTRE DE *Compte rendu des Séances et travaux de l'Académie des Sciences Morales et Politiques. (Institut de France)*, LEÍDA POR EL **Ilmo. Sr. D. Melchor Salvá**, EN LAS SESIONES DEL 5 DE JUNIO Y 30 DE OCTUBRE DE 1888.

I

Pocas cuestiones habrá más importantes que la del salario en nuestro siglo: dilátase la necesidad y trascendencia de su estudio al orden moral, político, económico y social; hay muchos que creen es preciso innovar hasta el extremo en lo que concierne á la remuneración del trabajo manual, porque no hay justicia, ni mejoras que esperar en el régimen existente; no pocos entienden que el salario es más que una categoría histórica, es una ley antigua y moderna, necesaria y provechosa dondequiera que hallemos trabajadores libres; pero la que llaman *teoría clásica del salario*, es decir, los principios de Smith, Ricardo y Stuart Mill, son incompletos, cuando no falsos, ó bien no más que explicación de los hechos que ocurrían en la época en que los dos primeros escribieron sus obras magistrales: y de aquí que se formulen nuevas teorías, presentando con faz halagüeña

BIBLIOTECA

BANCO DE ESPAÑA
Eurosistema

D-4386

ó prometiendo no esperadas venturas de la misma división de las riquezas que se ha anatematizado, por ser para los obreros un círculo de hierro en que no pueden mirar lo presente y lo porvenir sin sentir enojo ó desaliento.

La materia que va á ocuparnos no hubiera despertado interés en un griego ó un romano. Algunos óbolos que Demóstenes, Aristófanes y Ateneo mencionan de pasada como retribución de los trabajadores helénicos, que tenían tanto de artistas; los denarios que según Cicerón ó el Emperador Diocleciano debían darse á los que desempeñaban los oficios mecánicos en Roma, eran asunto de leve momento para los hombres de Estado y los filósofos. ¡Cómo se hubieran reído de nosotros si pudiéramos decirles que el aumento de algunos óbolos ó denarios más era un negocio de la mayor gravedad para nuestros gobernantes y nuestros académicos! ¡Hubieran creído con Thiers, que era un griego también por la índole de su talento y por su manera de escribir, que los economistas son unos literatos de nueva especie y fastidiosos! Y sin embargo, es un título de gloria semejante atención y cuidado para nuestra centuria: nosotros no tenemos por aliados la guerra y el destierro, y no hemos hecho un pacto con la muerte, como pretendió Bazire, que lo había suscrito la revolución de 1793. Cuando por consecuencia de su constitución económica en Atenas ó en Roma ocurría un grave conflicto, la guerra ó la fundación de colonias en lejanas comarcas resolvían por el momento la dificultad. Probado está que las colonias griegas debieron su origen algunas veces al exceso de población, y ya sabéis lo que hizo César, el dictador de las maravillas: reducir á 150.000 el número de los ciudadanos que vivían á expensas del Tesoro, y ofrecer á los demás tierras en las provincias, que aceptaron 80.000, de cuya medida ha dicho Mr. Duruy que

era resolver á la manera antigua, que sigue siendo hasta en nuestros días la mejor, el problema del pröletariado, al que la Inglaterra y la Alemania procuran alejar con la emigración en masa al Nuevo Mundo ¹. En nuestra edad se vive á expensas del trabajo, del espíritu ó de los brazos, y las cuestiones referentes á cualquiera de esas dos formas de muestra actividad, son de suma trascendencia y tienen un interés vital. Necesitamos saber qué leyes regulan la retribución de los obreros, si cabe prometerse progresos y cambios favorables en la condición de los últimos, y es muy justo que tengamos la vista fija en las teorías que se encaminan á explicar de un modo nuevo la razón de ser y la legitimidad del salario.

Se nos ha dispensado la honra de que examinemos y demos cuenta á la Academia de los trabajos más notables del *Compte rendu des Séances et travaux* de la de Ciencias Morales y Políticas de Francia, y hemos creído que en el número correspondiente á Mayo y Junio de este año merecía estudiarse atentamente un artículo que escribió un sabio de primer orden, Mr. Levasseur, y que se titula *La teoría del salario* ².

Mr. Levasseur advierte que ésta se ha expuesto de una manera diferente por los maestros de la ciencia, que se comprende de un modo distinto que en otro tiempo en virtud de hechos que se han producido, y que se ha presentado una y otra vez bajo un aspecto falso por escritores socialistas que se han apoyado en una fórmula estrecha de esa teoría, para dirigir una acusación al orden social y á la libertad del trabajo. Con razón la antes mencionada Academia Francesa

1 *Histoire des Romains*, 2.º tomo, pág. 494.

2 Tomo XXIX de la Nueva serie, primer semestre, págs. 658 y siguientes.

hizo de esta materia el objeto de dos concursos que juzgó en 1886. Tres de los autores laureados han publicado sus memorias, y según Mr. Levasseur, hasta ahora en Francia no existía un conjunto de trabajos económicos tan completos y tan interesantes sobre este asunto, y que dan margen y ocasión á escribir de nuevo acerca de las verdaderas doctrinas sobre el salario. Esos tres escritores se llaman monsieur Chevallier, doctor en derecho, maestro de conferencias en el Instituto Nacional Agronómico, cuya obra tiene por título *Los salarios en el siglo XIX*; Mr. Bauregard, profesor en la Facultad de Derecho de París, sustituto primero y después sucesor de Mr. Batbie en la cátedra de Economía política, que ha dado á la estampa un volumen que denomina: *Ensayo sobre la teoría del salario; la mano de obra y su precio*; y el último, Edmond Villey, profesor asimismo de Economía política en la Facultad de Derecho de Caen, cuyo escrito se señala ó distingue con estas palabras: *La cuestión de los salarios ó la cuestión social*.

No es difícil notar que las dichas personas, premiadas por su vocación y sus cargos oficiales, no habrán suscrito ciertamente memorias ó libros de escaso valor, aun prescindiendo de la merced que han obtenido y que merece tan grande estimación. Después de esta reflexión, es nuestro propósito advertir á los Sres. Académicos que los tres se han separado de los grandes y primeros tratadistas de la ciencia económica en la justificación del salario y en las leyes por que se rige la remuneración de los obreros.

Vamos á probarlo. Para Mr. Chevallier la doctrina del salario necesario, que también se llama normal ó natural, y la del fondo de los salarios, no explican de una manera suficiente los fenómenos. Entiende Mr. Chevallier, y en esto coinciden Mrs. Bauregard y Villey, que la causa prin-

cial de la cuota ó tipo del salario se encuentra en la productividad del trabajo. Antes de ir más adelante diremos de paso, y para evitar confusión, que el salario necesario es la suma de bienes que requiere un obrero para subsistir, y el fondo de los salarios es la masa de capitales que sus dueños quieren ó están dispuestos á emplear reproductivamente, y para ello es indispensable que se transformen en productos, merced á los esfuerzos de los trabajadores que la mueven, deshacen y metamorfosean.

Continuaremos haciendo constar que la segunda causa que indica Mr. Chevallier es que hay trabajadores cuya productividad no ha aumentado, y sin embargo, su retribución es más elevada hoy que en otro tiempo, lo que depende del estado de riqueza del país de que se trate, y entiéndase que esas palabras *estado de riqueza* no se deben confundir con la *del fondo de los salarios*, porque tienen una significación más extensa, puesto que se aplican, no al capital destinado al pago de la mano de obra, sino á la suma de toda especie de rentas de que dispone una nación.

Por último, el varias veces citado autor concede influencia en ciertos límites al uso de medios de producción más eficaces, á las leyes, las instituciones y la costumbre.

Mr. Bauregard sigue distinto rumbo: cree que la teoría del salario es una parte dependiente de la teoría general del valor, como una especie de la que ésta es el género; pero hay en el contrato de arrendamiento del trabajo, de los dos términos del cambio, uno que no se ha definido bien hasta ahora. Sábese que el operario cede la labor de sus manos, mas se ha imaginado, cometiendo un yerro, que el patrono, para pagarle, tomaba una fracción del fondo de los salarios; y era menester haber dicho: «que daba una suma determinada sobre el precio esperado del producto neto futuro».

El mismo escritor añade que la vida ó el bienestar de una parte de los seres humanos, como dependen de las condiciones de ese cambio, el precio del trabajo interesa más á la humanidad que el precio de cualquier otra mercancía.

Después analiza cinco elementos que constituyen, en su juicio, el precio de la mano de obra y que en resumen son los siguientes: 1.º, relación del producto neto esperado con los empleos disponibles, ó lo que es lo mismo, la productividad del trabajo; 2.º, relación del producto neto esperado con la suma indispensable para conseguir el concurso de los capitales y de los empresarios que se requieren en la industria; 3.º, relación de la población que procura y quiere obtener un salario con los empleos disponibles; 4.º, relación de los capitales y de los empresarios que desean hallar un empleo con las demandas correspondientes de la industria; y 5.º, estado económico de las tres clases que verifican entre sí el cambio, capitalistas, empresarios y obreros, sus ideas, sus costumbres y la manera propia de sus relaciones. En suma: para Mr. Bauregard la cuota ó tipo del salario se regula por la relación que en cada lugar y en cada industria existe entre el número de los obreros y el de las ocasiones ó casos en que se emplean sus brazos. Opina que hay algunos hechos que ejercen influencia sobre la dicha cuota, como la distribución de los capitales y de los operarios en las diversas industrias, el desarrollo del capital fijo y del capital circulante, el estado moral y político de la sociedad; y concluye prediciendo la baja gradual de la cuota del interés y del beneficio ó ganancia del capitalista al mismo tiempo que se aumentará el salario. «Nos parece cosa probada, dice, que un alza progresiva y constante del precio de la mano de obra debe realizarse en los pueblos que avancen con prudencia en el camino de la civilización. La clase obrera

posee el mejor instrumento para auxiliar su éxito, en el contrato de trabajo: creemos en la fortuna ó en la ventura de ese instrumento y no pensamos que se pueda sustituir útilmente por otro.»

Mr. Edmond Villey profesa las creencias de sus compañeros: afirma que la teoría de la retribución del trabajo que ha expuesto la economía política clásica es contraria á la realidad, y además peligrosa, porque encierra á la clase obrera en un círculo de hierro, del que no puede salir más que por la violencia y forja un arma que esgrimen los agitadores del socialismo. Abriga la esperanza, si consigue demostrar la verdadera doctrina, de enseñar á los obreros, no solamente la legitimidad del régimen del salario, sino también, á los empresarios, las obligaciones morales del patronato.

Mr. Edmond Villey niega que el salario se determine por la relación entre la población y el capital, porque en el último no es dable comprender todo lo que sea *producto*, materia bruta ó preparada, mineral ó hierro en lingotes, lana, hilo ó tejido; todo esto es producto; es el objeto, pero no el instrumento de la producción; todo esto es riqueza, pero no es capital; todo esto no tiene su origen en el ahorro, como el capital, sino que es el producto del trabajo actual del hombre. Y si se pretende que esos bienes antes citados son capitales, será forzoso conceder que cuantos más mineros extraigan hierro de las minas, cuantos más criadores den sustento á mayor número de rebaños, cuantos más obreros trabajen en las fábricas de tejidos, habrá mayores cantidades de hierro, de lana, de telas, de modo que poseeremos tanta mayor suma de productos diversos, cuanta mayor sea la eficacia productiva del esfuerzo de los operarios. De suerte que parece evidente *à priori* que la parte de bienes ó valores de cada uno habrá de ser tanto mayor cuanto sea

más grande el número de los productores y mayor la productividad de su trabajo; y nótese cómo queda vana y sin provecho la proposición que hace depender la cuota ó valor típico del salario de la relación del capital y la población, siendo así que la población forma ó crea el capital.

No accede Mr. Villey á la doctrina inglesa de que el *fondo de los salarios* sea un fondo especial, una masa determinada que deberá dividirse entre los obreros. En su sentir, si esa masa es determinada y temporalmente invariable, á medida que se aumenten los copartícipes, menor será la parte de cada uno; pero es el caso que cada productor produce más de lo que consume, porque de otra manera el capital social, que toma más cuerpo y crece sin cesar, no hubiera podido crearse jamás; porque no es otra cosa que el excedente del producto del trabajo sobre el coste del sustento de los trabajadores. De ese conjunto de bienes ó valores que denominan el fondo de los salarios, se pagan la renta de la tierra, el alquiler é interés de los capitales, las ganancias de los empresarios: si esto es cierto, ¿no acontecerá que de aumentarse los salarios no ocurra semejante alza á expensas de los beneficios, del interés de la renta? No importa en el mismo grado la desigualdad de las fortunas que la naturaleza de los consumos individuales para las clases pobres.

El *fondo de los salarios* es una fórmula sin sentido y de pura imaginación. La masa de bienes que parece ser divisible entre los productores no es el capital circulante acumulado anteriormente, sino el producto bruto del trabajo de la sociedad: no cabe afirmar que éste no se diferencia de otra mercancía cualquiera, cuyo precio se regula exclusivamente por la ley de la oferta y de la demanda; muy al contrario, la cuota ó el nivel normal de los salarios depende esencialmente de la productividad del trabajo.

Según el mismo escritor ya citado, no hay necesidad de indicar la importancia de estas conclusiones, si se demostrase su certeza. Son opuestas á la teoría que enseña á los obreros que no hay salvación para los mismos si no limitan su número: en ellas se ve manifiesta la armonía del capital, los patronos y los obreros; y tienden á dar al trabajo su mayor eficacia, colocando en la misma línea el interés y el deber de los operarios.

Mr. Edmond Villey difiere poco de Mrs. Chevallier y Bauregard en apreciar el influjo de algunos hechos é instituciones sobre la retribución de los trabajadores, y señala y explica con extensión el coste de la vida ó gastos de su conservación, la costumbre, la ley y las huelgas.

Hemos planteado la cuestión que debe ser objeto de este estudio: la vieja doctrina económica de la escuela inglesa se impugna y se proclama que es falsa ó por lo menos incompleta, y se sustituye por otra que ha cruzado el Atlántico desde los Estados Unidos, con todos los prestigios de las verdades que encierra, de las venturas que promete, del ingenio con que se expresa y se defiende.

¿Es una buena nueva, la esperada solución de los problemas sociales más temerosos?

II

Para formular una opinión razonada sobre la teoría del salario conviene que, siguiendo también á Mr. Levasseur, expongamos el parecer de los autores que hoy se llaman clásicos y cuyas doctrinas hemos visto que se rechazan y tienen por erróneas.

Las citas que hace de Adam Smith aquel sabio francés,

no nos interesan, ni creemos que puedan derramar viva luz sobre el asunto que nos ocupa. Entendemos sería más provechoso recordar aquella reflexión del célebre autor escocés en que se contiene una verdadera ley del salario. En su sentir, la demanda de aquellos que viven de salarios no puede aumentar sinó á proporción del acrecentamiento de los fondos destinados á pagar á los obreros; las rentas y capitales de cada país son causas de que se empleen los brazos de los trabajadores; y al tratar de la recompensa del trabajo en la Gran Bretaña, y como prueba de que era más elevada en su tiempo que la cantidad precisa para sustentar una familia, aduce el dato de que no seguía las fluctuaciones del precio de las mercaderías; de lo cual se deduce que, para Smith, el salario se regula por las rentas y capitales de una nación y por el precio de los víveres que consumen las clases trabajadoras.

Para Juan Bautista Say, el salario de los trabajos sencillos y rudos ú ordinarios no se eleva, en cada país, más de lo que es necesario para vivir, y el número de los concurrentes llega siempre al nivel de la demanda de mano de obra, si es que no excede de ella ó la supera: y añade que lo necesario varía según las costumbres de cada nación. Mr. Levasseur observa que Say es menos explícito todavía que Adam Smith sobre los principios: nosotros diríamos que no es muy extenso su capítulo acerca de la materia, pero la doctrina es muy importante, puesto que se reduce á afirmar que hallaremos siempre hombres dispuestos á emplear sus brazos y su tiempo, si les damos como retribución la suma de dinero ó de bienes que han menester para vivir. La prueba se halla en que añade: si el salario de los obreros más rudos ó menos hábiles no les permitiera mantener una familia y criar á sus hijos, el número de estos trabajadores

sería deficiente; la demanda de su trabajo sería mayor que la cantidad de ese trabajo que pudiera ponerse en circulación; la cuota de su retribución se aumentaría hasta que esa clase pudiese de nuevo educar á sus hijos en bastante número, para restablecer la cantidad de trabajo ofrecido al nivel de la cantidad demandada. Precisamente esta es una de las bases de la teoría de Ricardo, como vamos á ver.

Opina Mr. Levasseur que la fórmula de la del salario llega á ser precisa en las obras de aquél, de Malthus y de Mac-Culloch, sin aducir citas de los dos últimos.—Ricardo escribe: «El precio natural del trabajo es el que proporciona á los obreros, en general, los medios de subsistir y de perpetuar su especie sin aumento ni disminución. No hay otro medio de que sea elevado el provecho ó beneficio del capital, que el de que sean cortos ó escasos los salarios.»—«En el progreso natural de las sociedades, los salarios tienden á bajar, siempre y cuando se regulen por la demanda; porque el número de los trabajadores continuará en aumento un poco más rápido que el de la demanda.»

Stuart Mill se inspira en la primera de las proposiciones de Ricardo. Admite como ley que la cuota ó el tanto del salario depende principalmente de la relación entre la oferta y la demanda, ó expresándose de otra manera, de la proporción que existe entre la población y el capital, y añade que por estas últimas palabras entiende, por una de ellas, el número de personas que trabajan siendo su precio ó recompensa un salario; y por la otra, no todo el capital que emplea una nación, ni aun la suma total del circulante, sino sólo la parte que está consagrada al pago de la mano de obra; y afirma que la suerte de las clases trabajadoras no puede mejorarse, siempre y cuando no se altere la proporción dicha con ventaja de los obreros, sea porque se

aumente el capital circulante ó porque se disminuya el número de los que demandan y obtienen salario. Siquiera admita que aquel puede dilatarse más aprisa ó en mayor grado que los postreros, la verdad es que para Stuart Mill no hay otro camino, á fin de que logren los obreros un estado ó condición menos penosa, que restringir ó aminorar el progreso de la población.

Tal es la doctrina de la escuela inglesa que León Faucher llamó un día inflexible, y que ha ejercido tan grande influjo en los hombres consagrados á estos estudios, que Le Hardy de Beaulieu, en un tratado especial que se titula *Del salario*, que dió á la estampa en 1859, imprimió en letras capitales: «La retribución del obrero no puede acrecentarse más, ni reducirse menos que el coste de producción de su trabajo, de una manera permanente; es decir, de lo que es necesario para que pueda vivir su familia.»

En resolución, según Mr. Levasseur, la teoría de los economistas citados hace tiempo que se ha condensado en las tres proposiciones siguientes:

1.^a Los salarios se rigen por la ley de la oferta y de la demanda.

2.^a La cuota ó tanto por ciento se determina por la relación entre la parte ó suma del capital llamado *fondo de los salarios* y el número de los obreros: este capital puede aumentar ó disminuir: cualquiera que sea la suma total que se entregue en forma de salarios, no puede ser mayor ó superarlo.

3.^a El salario corriente tiende á aproximarse al salario natural, que corresponde al coste de producción de la familia obrera.

El mismo escritor francés afirma que esas tres proposiciones han sido impugnadas por el socialismo con calor, con

viveza. En lugar de juzgarlas como un esfuerzo hecho por la ciencia para hacer constar ciertas leyes, las ha denunciado como una maquinación de la clase media contra el pueblo. Luis Blanc ha calificado de *cobarde y cruel* el principio de *cada uno para sí, cada uno en su hogar*: y «así debía suceder—escribía—que el obrero quede reducido á lo estrictamente necesario cuando se toma por punto de partida el derecho individual; pero ¿sucedería lo mismo en un régimen de asociación fraternal?» Luis Blanc no distinguía la diferencia que hay entre una noción precisa fundada en la experiencia y la política, como es el derecho individual, y una vaga aspiración á la fraternidad. Lassalle ha estigmatizado las tres proposiciones dichas con el nombre de *la ley de bronce*, es decir, de cruel é invencible necesidad, que se impone en la organización actual del trabajo y del capital, y que haciendo doblegarse al obrero bajo la autoridad del empresario, le condena á conceder su tiempo por un corto precio, para producir riquezas cuyo provecho es sólo para el patrono, mientras él vive con privaciones. Él ha incitado á los obreros para que grabasen profundamente en su alma esas proposiciones, que no ha refutado ningún economista de fama, ni aun de la escuela liberal, y que desde el punto en que se las admite no consienten emplear más que frases vacías de sentido y para mistificaciones sobre mejora de la suerte de las clases obreras.

Esta teoría de los socialistas da margen á una grave reflexión de Mr. Levasseur: opina que Mr. Chevallier, Bauregard y Villey, los autores de los libros que hemos analizado en el capítulo precedente, no han tenido que esforzarse mucho en demostrar que la teoría del salario no se contiene en las tres proposiciones que más arriba hemos enumerado; pero añade que, siendo como son versados en los estudios

económicos, no debían colocarse en el mismo terreno de discusión que los socialistas habían escogido, sea por falta de conocimientos, sea por el deseo de encontrar un lado débil por donde pudiesen dar el asalto y atribuirse la victoria, anatematizando á la economía política. De suerte que Mr. Levasseur defiende dos ideas que, como veremos, son muy importantes; primera, que la antigua teoría del salario, la doctrina sustentada por los economistas ingleses, lo mismo por Ricardo que por Stuart Mill, es falsa, ó cuando menos incompleta; y segunda, que los últimos escritores franceses premiados por la Academia de Ciencias Morales y Políticas, por sus memorias sobre este mismo asunto que nos ocupa, tratan la cuestión de tal manera, en tal aspecto, que son los que han juzgado puntos poco sólidos ó menos capaces de una defensa lógica los jefes de las escuelas socialistas; el cargo es de importancia, si por ventura Mrs. Chevallier, Bauregard y Villey no han advertido el peligro, puesto que nuestro juicio sería diverso si hubiesen creído que era provechoso presentar la materia de ese modo, para demostrar, con argumentos que llevasen el convencimiento al ánimo de todos, el error de los adversarios de la ciencia, y lo hubiesen conseguido. Por ahora no hacemos más que tomar nota de las dichas aseveraciones de Mr. Levasseur.

El mismo ilustre sabio indica que la economía política, como todas las ciencias morales, extiende y cambia algo, en pequeña escala, el punto de vista de sus observaciones, á medida que nuevos fenómenos se verifican en el mundo; de suerte que no debemos admirarnos de que las relaciones del capital y del trabajo se examinen hoy con más amplitud que hace setenta años.

Han transcurrido treinta desde que Mr. Courcelle Seneuil, recordando en su *Tratado teórico y práctico de Economía*

política que el salario se rige por la ley de la oferta y la demanda, definía la primera como la resultante de la voluntad y del poder de emplear el trabajo; y la segunda, como la resultante de la voluntad y del poder de trabajar, y de este modo se libraba de las objeciones que ha producido el fondo de los salarios. Antes que él había escrito Roscher: «La demanda de trabajo, como la de toda otra mercancía, se funda, por una parte, sobre el valor en cambio que ofrece; y por otra, sobre la solvencia de los compradores.» Monsieur Leroy-Beaulieu ha consagrado muchas páginas de su *Ensayo sobre la división de las riquezas* á mostrar la insuficiencia de las antiguas fórmulas, y las ha sustituido con la siguiente: «Cuanto más aumenta la producción relativamente á la población, más probabilidades hay de que los salarios sean más altos.»

Después de estas importantes citas, que prueban, para Mr. Levasseur, que hay más amplitud y más fortuna en la observación de los hechos y en deducir las leyes que rigen la situación del trabajo, expone con mucha lucidez su propio modo de pensar. Observa que es catedrático hace diez y siete años, y que ya en la primera edición de su *Curso de Economía política*, en 1868, hizo constar que el precio de las mercancías y el del trabajo han seguido, en cierto modo, direcciones opuestas; porque aquéllas tienden á venderse por lo que cuestan, en virtud de la concurrencia; éste, á hacerse pagar lo que vale, en virtud de la libertad; ó en otros términos: en un tiempo de prosperidad industrial, los primeros se inclinan á la baja y el segundo al alza. Mr. Levasseur añadió: «Se paga en general al obrero, no porque trabaja, sino porque produce y en razón de lo que produce.»

El erudito escritor cuyas opiniones voy refiriendo dice que no quisiera declarar que toda la teoría del salario tiene

que rehacerse, por temor de disminuir el crédito de una ciencia, pretendiendo renovar sus fundamentos sin poner un término á esta tarea; parécele bastante decir que es necesario revisarla. Cree que las fórmulas de los primeros economistas eran estrechas, pero de ningún modo absurdas: es preciso, sin renegar de toda la obra, completarla con observaciones nuevas y borrar aquellas partes que haya desvirtuado la experiencia. En los comienzos de nuestra centuria los economistas, testigos de los primeros pasos de la grande industria, y en particular los economistas ingleses, que observaban lo que ocurría en la Gran Bretaña durante las guerras de Napoleón I, se dejaron llevar de la influencia que la cantidad del capital disponible ejercía sobre la remuneración de los obreros. De aquí dedujeron la doctrina del fondo de los salarios, afirmando que el precio del trabajo se determinaba absolutamente por la relación del número de los obreros, que deben ser retribuidos con la suma de los capitales dispuestos para pagarlos, y que una alza general no puede producirse más que por una reducción del número de los obreros ó por un aumento del dicho fondo de los salarios; teoría cuyos términos recuerdan por su expresión, que podría llamarse matemática, la otra teoría de la misma época, y no menos rígida, de Malthus sobre la población.

Mas en la segunda mitad del siglo XIX, otros autores, que presencian el gran desarrollo de la industria contemporánea y notan que las invenciones, que se multiplican y el empleo de las fuerzas mecánicas, que se generaliza, tienen por efecto ordinario aumentar el precio de la mano de obra, porque hacen el trabajo más productivo; que por consecuencia de cambios que se producen en el equilibrio social, las clases inferiores han adquirido en algunos países más im-

portancia y atraen en mayor grado la atención de los filántropos y de los legisladores; que en las nuevas regiones en que el capital acumulado no es todavía muy considerable, pero donde el trabajo produce mucho, los obreros obtienen altos salarios, han afirmado que la productividad del primero era la verdadera ley que rige el precio de la mano de obra y que era preciso renunciar á la vieja fórmula del fondo de los salarios.

Tales son las reflexiones que hace Mr. Levasseur á propósito de su propia doctrina sobre la remuneración de los obreros, y en particular sobre ese nuevo principio de que la norma de la misma es no otra cosa que la mayor ó menor utilidad, el grado mayor ó menor de energía y eficacia que para vencer la resistencia de los agentes naturales puede tener el trabajo. Notemos de pasada que es arriesgado dar á los hechos tanta importancia como quiere Mr. Levasseur; porque si pretendemos que sesenta años ha, las grandes masas de capital dieron ocasión y fueron causa de que se creyese que de ese factor de la producción dependía el salario, y hoy, ó poco antes, porque existe un gran desenvolvimiento de las fábricas y manufacturas la mano de obra es cara, y de aquí por inducción y generalizando pretendemos que la retribución de los obreros se determina por la productividad de sus esfuerzos, ¿quién impedirá, dentro de cien años, que si la población escasea en virtud de causas que en la actualidad no sospechamos, ó se generaliza la restricción en el aumento de los que pueblan la Francia que se advierte en los últimos censos de la República, aparezcan autores que digan que aumentándose el salario por disminuir los obreros, el número de éstos determina, en suma y postrer término, la cantidad de la remuneración de la mano de obra? Y la utilidad del esfuerzo humano, por grande que

sea, ¿hallará un equivalente en la última, si no hay capital circulante en la proporción necesaria?

Hemos indicado, al final del capítulo anterior, que la nueva doctrina había nacido al otro lado del Atlántico, en los Estados Unidos; y aunque Mr. Levasseur niega esto y cree que sólo tomó cuerpo en este país, nosotros vemos con claridad que primero germina en las obras de Carey, y después aparece de todo punto formada, en su plenitud, en las de Amasa Walker. Algunas citas de estos ilustres y muy respetables economistas anglo-americanos bastarán, en nuestro sentir, para probarlo.

Carey hace estudios fisiológicos sobre los esfuerzos musculares y la reparación que han menester, sobre los gastos de educación de los obreros, notando que en su patria es más elevada la retribución de los últimos cuanto más instruídos, porque es preciso que puedan obtener en un menor número de horas de trabajo que es dable sufran sin menoscabar su salud y su fuerza, una subsistencia en cuya virtud sean siempre capaces de desplegar la más grande energía. Además el operario habrá de pagar la instrucción y los libros de sus hijos, y há de contar para ello con los medios necesarios. La inteligencia es la única cualidad en el trabajo humano que una sabia economía debe emplear y pagar; por lo que respecta á la fuerza motriz simple, se encuentra más barata en los agentes naturales por medio de las máquinas.

De la misma suerte indica Carey que la contracción muscular tiene su origen en la voluntad, y que cada vez que se verifica, la orden parte del cerebro y llega á los nervios: la excitación nerviosa no puede conservarse sin ser estimulada con constancia y la esperanza más eficaz y más durable que el temor, porque es más agradable y prefiere el espíritu pro-

longarla y darle incentivo y aliento; mientras que el temor es penoso, el espíritu no quiere conservarlo y lo rechaza cual si fuese un huésped desagradable; por eso el esfuerzo de los esclavos es caro, cualquiera que sea su precio, en comparación de los hombres libres; por eso Dureau de la Malle, que ha examinado el asunto con esmero, enseña que los griegos y romanos sólo estimaban el trabajo de los primeros la mitad menos que el de los segundos, y Homero escribe que el día en que un hombre se reduce á la esclavitud pierde la mitad de su valor.

La conclusión á que nos llevan estos hechos es que el aumento del salario corre parejas con el aumento de la producción: es la causa de que sea más grande el poder productor; de que se dilate y sus resultados sean más provechosos. De lo que se sigue que el capitalista y la comunidad, con un salario bajo, no consiguen emplear más que un trabajo caro, y con un salario alto se procuran un trabajo barato.

Estas doctrinas de Carey datan de 1848, en que dió á la estampa *Lo pasado, lo presente y lo futuro*, y no mucho después *La ciencia social*. No creemos que en Francia, por aquel tiempo, se publicasen ideas semejantes ó análogas. Mr. Levasseur por lo menos, y algo más arriba lo hemos notado, sólo recuerda á Courcelle Seneuil, en 1858, como el primero que, modificando hábilmente sus conclusiones, hurtaba el cuerpo á las objeciones que han surgido contra el fondo de los salarios; esas nuevas doctrinas, merecedoras de atento estudio, son de procedencia americana, no han nacido en Europa.

Ya lo hemos dicho: si el germen se halla en las obras de Carey, la planta con sus flores y frutos se ve desarrollada en los escritos de Amassa Walker. Estos son dos, á saber: uno en 1876, que se titula *La cuestión de los salarios*, tra-

tado de los salarios y de las clases que lo perciben y Ciencia de la riqueza, cuya sexta edición data de 1871, y de la que vamos nosotros á tomar algunas líneas, para indicar las relaciones que existen entre los juicios del catedrático de Boston y las opiniones de Mrs. Chevallier, Bauregard y Villey:

«Para casi todos los productos hay una demanda de presente y otra de previsión; para el trabajo no hay más que la actual. Cuando los negocios se realizan con éxito feliz, se advierte un pedido general de toda clase de mercancías y los precios empiezan á subir gradualmente. Esto produce una súbita especulación, porque se compra para ganar, y la suma de las ganancias será mayor cuanto más numerosas fueren las compras. Empero nadie especula sobre los salarios. Nadie podría, aunque quisiera, comprar 100.000 dólares de trabajo y guardarlo para especular, como se hace con la harina, el azúcar ó el té. Naturalmente el trabajo carece de la ventaja de esta clase de pedido; al contrario, debe mostrar su actividad fiando no más que de la demanda actual ó inmediata; por esta razón un aumento general de los precios produce siempre daño á los obreros. Pero no sólo los salarios no crecen en la misma proporción de los precios, sino que tampoco se alzan tan aprisa. El alza no empieza sino cuando la especulación engendra un espíritu de prodigalidad y el consumo se extiende. Por esto es muy difícil saber cuándo los salarios suben ó bajan realmente; sin embargo, estén ó no contentos los obreros, desde hace cincuenta años su retribución real es más grande: la masa general de los productos es mayor, merced á la introducción de las máquinas, y por lo tanto, la parte absoluta de riqueza que toca á los operarios es más considerable» ¹.

1 *Ciencia de la riqueza*, libro IV, cap. III.

«Los salarios varían según diversas causas. La vida humana se estima en muy poco; sin embargo, los trabajos en cuya naturaleza se encierra un peligro exigen más alta remuneración que los inofensivos; bien que la diferencia es tan leve, que apenas se requiere tener en cuenta el peligro de la vida. Las ocupaciones insalubres que abrevian la existencia humana es preciso que se remuneren con una medida más alta que el nivel ordinario, porque con ellas se corre el riesgo de enfermar, y los que á ellas se consagran se exponen á perder tiempo y á hacer gastos en la cura de la dolencia que quizá sufran. Considerando la materia desde el punto de vista puramente económico, es claro que algunos trabajadores recibirán más elevada merced que la que hoy reciben; para saber la medida de ese algo más, de esa mayor cantidad, se requiere no ignorar el valor ó la probabilidad de la vida en las diversas ocupaciones. La vida probable debería ser materia de graves consideraciones para todos los que aprenden un oficio, y debería tener mucha importancia en la determinación de los salarios; empero hoy no sucede así; el obrero cede una parte de su propia existencia, y hasta aquélla porción de salario que hubiera cobrado en una vida más larga.»

«*Coeteris paribus*, el que ha recibido la única educación de las escuelas elementales será mejor pagado en cualquier industria que el de todo punto ignorante: su espíritu está roturado, por cuyo motivo se mostrará más inteligente y hábil, entenderá mejor las reglas ó norma que indique su jefe y se ajustará á las mismas en mayor grado. El empresario establecerá una diferencia grande entre un operario bastante inteligente para dirigirse con su propio criterio en sus tareas, y el trabajador que en cualquier circunstancia ha menester el juicio y la sagacidad de su patrono.»

«Otra circunstancia importante es la frugalidad del trabajador; el que fuere educado se halla en mejor condición para procurar su verdadero interés y ahorrará una parte de su renta. Todo dollar que separe del consumo y acumule bajo la forma de propiedad ú otra cualquiera, le hace ser más independiente, y cuanto más independiente sea, tanto más podrá conseguir salarios más elevados; en ciertos límites, es un capitalista y puede medir mejor la forma productiva del capital. El que nada tiene para el diario sustento, forzosamente habrá de trabajar cada día por cualquier precio, ó morirse de hambre.»

Por último, Amassa Walker nota que las mujeres reciben menor retribución que los hombres en todos los países civilizados: donde el hombre obtiene un dollar, la mujer no más que 50 centésimos.

Después de enumerar el autor anglo-americano todas esas causas de diversidad en los salarios, afirma que, estudiando bien el asunto, dicha retribución remunera tres diferentes formas de poder ó de fuerza:

1.^a *El poder físico*, ó sean los menos esfuerzos musculares, que se verifican manejando el azadón ó la pala; este poder es bastante común, proviene de la misma naturaleza y cuesta poco y se obtiene por un precio módico.

2.^a *El poder mental*. Lo constituyen todas aquellas energías del espíritu que hacen al hombre apto para dirigir negocios complicados, para prestar aquellos servicios que requieren discreción, reflexión y cálculo. Este poder es más raro que la fuerza física y tendrá por esta causa un precio más elevado, sobre todo en un estado progresivo de civilización. He aquí el motivo de la remuneración que se concede á las personas que poseen talentos naturales, á los inventores,⁶ autores y hombres de genio. En esta categoría se

comprenden la mayor parte de los servicios personales, que son los auxiliares de la producción y los coeficientes necesarios de su completo desarrollo.

Para preparar á los hombres á fin de que ejerciten su poder intelectual, es preciso obtener una considerable suma de educación y de destreza; por tanto, la remuneración debe ser más alta.

3.^a *El poder moral.* Como el hombre adelanta en el camino de la civilización y crece la riqueza, que es siempre compañera de la cultura, y se multiplican las combinaciones sociales, en cada momento es más necesario encargar importantes servicios á las personas que tienen cierta condición. Por más vínculos y garantías que se imaginen, en todo tiempo será forzoso confiar en el carácter de la persona que ejerce algunos oficios, y muchas veces será necesario poner en manos de una sola el honor y los intereses de extensas agrupaciones de hombres. Se funda la confianza en la facultad ó poder moral del individuo, porque éste da un gran dominio sobre los apetitos, las pasiones y las inclinaciones, de suerte que podemos estar seguros que en medio de cualquier circunstancia ó tentación no abandonará jamás la estrecha teoría del deber. Las personas que logren este dominio sobre sí mismas, existen en menor número que las que sólo poseen poder físico, ó poder físico y mental unidos, y se las concederá la más alta recompensa que los servicios humanos pueden conseguir. Prevé Amassa Walker la objeción de que confunde la economía política con la moral, y responde que si los hombres son verdaderamente morales, no lo son porque esto se juzgue útil, sino porque es honrado y aman la virtud por sí misma; y de no ser este su móvil, su moralidad carece de base sólida. Sin embargo, por sus efectos, sus servicios se retribuyen más que cualesquiera otros,

y la remuneración de la honradez vence á las de la inteligencia y del vigor físico ¹.

En la obra escrita por Amassa Walker en 1876, con el título de *La cuestión de los salarios*, se afirma que la remuneración del obrero se paga del producto de su industria y que no existe un fondo de salarios independiente del número y de la capacidad de los dichos obreros.

Resulta, por tanto, de nuestro estudio, que la nueva teoría sobre la retribución de los trabajadores se habrá expuesto en Francia con menos largos y penosos análisis, con una expresión más científica y de una manera más resuelta ó más vigorosa; pero en el fondo, en la esencia, es anglo-americana; y este aspecto ó faz de la materia es interesante, porque los americanos del Norte son opuestos y se muestran contrarios á las doctrinas capitales de la escuela inglesa, y han trocado en leyes expansivas las dos restrictivas de la población y la renta de la tierra. Estas mismas ideas de Amassa Walker, que expresa y justifica con tanto ingenio y tanta filosofía, ¿son por ventura más que el enaltecimiento del trabajo y sus cualidades sobre el capital y las fuerzas de la naturaleza? ¿Qué son más que el ensayo de una división de las riquezas en que se mida el salario por su valor ó su eficacia en la producción?

¿Hemos de ver en ellas un grande y señalado progreso bajo el punto de vista científico y bajo el punto de vista social? He aquí lo que ahora vamos á tratar.

1 *Ciencia de la riqueza*, lib. IV, cap. III, págs. 369-371.



III

Nosotros creemos que la teoría de Carey y Amassa Walker no ha podido sustituir, ni aun modificar de un modo esencial, la ley señalada al salario por la escuela inglesa. Nada más lejos de nuestro ánimo que negar el progreso científico: la ciencia no es la profunda y no esperada concepción de un pensador de grande ingenio y capaz de constantes y penosas meditaciones: sin duda que uno de sus importantes elementos se encuentra en el espíritu de los grandes hombres, y que su comienzo, bajo el punto de vista puramente humano, data, como la luz del cielo, de la razón de algunos varones ilustres; pero hay que añadir otro elemento de no menor interés, en la serie de reflexiones, críticas y renovados estudios de los que cultivan más tarde una rama del saber, y es muy grato pensar que, no siendo vanos sus afanes, han de enriquecer con nuevas ideas, con doctrinas acaso no más que vislumbradas, el dominio científico; pero es no menos grato notar la constancia, la firmeza y no alterable modo de ser ó virtualidad de los principios fundamentales. Fuera vana empresa pretender que exista una ciencia, que no puede fundarse más que en lo que es general, como ha dicho Aristóteles, en el flujo y reflujo de las encontradas y opuestas corrientes de opiniones que nacen y mueren, quizá al aparecer las circunstancias que las favorecen y explican.

El salario se regula por la relación que existe entre la población y el capital, siempre y cuando haya concurrencia en el mercado del trabajo. Los obreros que han menester trabajar para vivir, procuran ser preferidos en el concurso

con sus compañeros por los empresarios, ó sea en los empleos que hubiere para su tiempo y sus esfuerzos. Si su número fuere muy grande, se verán forzados á disminuir el salario nominal ó el corriente, hasta el punto que puede establecerse existe un perfecto paralelismo entre el dicho número de operarios y la cuota más ó menos considerable de su retribución; suponiendo que por abstracción no estudiemos ahora más que ese elemento de la dicha ley que nos ocupa; si imaginamos que 100 trabajadores obtienen una remuneración igual á 10, si acuden al mercado 100 más su salario no pasará de 5. Esto mismo reconoce Amassa Walker, y expreso, y con el fin de emplear como argumento las reflexiones del autor anglo-americano, hemos transcrito en el capítulo anterior algunos detalles ó partes, no las más esenciales de su doctrina, sobre los salarios. Él dice que la más elevada recompensa de los oficios peligrosos es tan pequeña, que autoriza á creer que la vida humana se estima en poco; él afirma que los que no tienen cosa alguna para su diario sustento, se ven obligados á trabajar á jornal, á cualquier precio, ó á morir de hambre; adviértase, pues, que Amassa Walker reconoce el influjo del número de los obreros en la retribución de la mano de obra. Las clases trabajadoras no es dable que dejen de ofrecer en el mercado su potencia ó facultad de trabajar, en el supuesto de una numerosa población, como ha escrito Karl Marx, con el propósito de atacar la *producción capitalística*, como él la llama. Y es forzoso examinar estas cuestiones de economía política con entereza y sin divagaciones que nazcan de una sensibilidad delicada y tímida: la ciencia expone la verdad; que sea ó no agradable y placentera para nosotros, y en este orden de consideraciones que ahora nos ocupan, convengamos en que es áspera é íbamos á decir que temerosa.

En suma, no es más que una manifestación de la concurrencia en el dominio del trabajo; y más ó menos contrariada por el espíritu y las leyes de la sociedad, ha existido siempre. Concurrencia hicieron los esclavos á los plebeyos romanos que Tiberio Graco y César intentaron emplear en los trabajos de la agricultura; las leyes agrarias estaban inspiradas en el secreto designio de crear una clase media y de impedir la despoblación de la Italia: el historiador Duruy dice del tiempo de Augusto, que gran número de industrias que los esclavos no habían invadido del todo, y las necesidades múltiples de una gran capital, hicieron que la plebe demandase al trabajo algún beneficio que supliese la insuficiencia de las distribuciones. Las obras públicas, que cambiaron la faz de la ciudad, proporcionaron también ocupación á los proletarios; y los esfuerzos del Príncipe para que mejorase la agricultura, dieron un poco de vida á los campos; y en fin, el inmenso comercio que existió entre Roma y el mundo, fué causa de que lograsen ganancias legítimas muchos que antes no vivían más que de fraudes, violencias y de la mendicidad. Las medidas de Augusto produjeron como efecto que se aumentase el valor de las tierras y el precio de la mano de obra, según escriben Dión Casio y Suetonio, y menor número de trabajadores se vieron precisados á entrar por su voluntad en la *ergástula* para disputar su pitanza á los esclavos.

En la Edad Media la lucha se entabló de gremio á gremio, y cada uno de éstos opuso graves dificultades á todos los trabajadores extranjeros para que ejerciesen un oficio, bien que tendiese una mano protectora á los hijos y parientes de los agremiados, de modo que las corporaciones de artes y oficios eran un obstáculo al crecimiento de la población, según afirma Sismondi. Cibrario, en su *Economía política*

de la *Edad Media*, y Levasseur, en su *Historia de las clases obreras en Francia*, han mostrado con grande erudición las crisis y guerras intestinas que en la industria y en las relaciones internacionales causaba el régimen del privilegio en las fábricas y manufacturas. Y todavía hallamos una prueba decisiva de la innegable influencia que ejerció en aquellos tiempos la población, por lo que respecta al salario, en las leyes que fijaban el tanto ó máximum de jornal que era lícito demandar á los obreros. La peste de 1348, que despobló una gran parte de Europa, ofreció una ocasión propicia para que se aumentase en gran manera el precio del trabajo, por lo cual creyeron los maestros y patronos que era efecto de la codicia y de un acuerdo culpable de los operarios, en sentir de Roscher.

Así Pedro el Cruel publicó un arancel de los jornales en 1351, y otro tanto hacen Francia é Inglaterra, como puede verse en la Colección de Ordenanzas de la primera, y en los estatutos 25 y 37 de Eduardo III, por lo que concierne á la segunda.

En nuestros tiempos la libertad política y civil, el régimen más suave y templado de la floreciente industria y la competencia desnuda é imperiosa, sin instituciones que dificulten ó disminuyan su curso, que no paran el dolor ni la muerte, presentan en toda su extensión las condiciones peculiares de esa fatalidad que pesa sobre los obreros, de ofrecer en el mercado del trabajo sus fuerzas musculares y el empleo de su tiempo.

Se niegan estos hechos ó, por mejor decir, se les da una explicación distinta, pretendiendo que la escasez de trabajadores tiende, sin duda, á originar un alza en el salario, no porque la suma de riquezas producidas se divida entre un menor número de copartícipes, sino porque la insuficiencia

de la producción es causa de que sea más elevado el precio de los productos ¹.

Esa hipótesis es inadmisibile, porque los bienes que se entregan á los obreros—y prescindimos de la moneda—existían antes de que empezasen á trabajar, y porque es presentar un círculo vicioso decir que, sea más ó menos productiva, esto es, de la habilidad y energía de la mano de obra, depende que las riquezas producidas sean en mayor ó menor número y, por tanto, la cuota de su retribución más ó menos alta. Nuestra respuesta es muy sencilla: los trabajadores tienen en sus manos uno de los elementos de los que se derivan el alza ó la baja del salario, puesto que de no multiplicar sus enlaces, su parte en la distribución de los bienes será mayor, toda vez que no siendo diversas su aptitud y destreza en una época determinada, respecto de la precedente, cuantos menos fueren para repartirse la parte de renta nacional que les toque, mayor porción corresponderá á cada uno.

Juzgan también los autores que hemos citado en los capítulos anteriores, que el salario se regula y determina sobre todo por el grado de eficacia, por la virtualidad más ó menos feliz con que intervenga el trabajo en la producción, ó como dice Amassa Walker: «el salario del obrero se paga con el producto de su industria.» Es llano que la mayor ó menor capacidad, la destreza más ó menos grande, el aprendizaje en que se dan pruebas de atención y tenacidad mayores, deben ser causa de más alta remuneración; porque de otra suerte, los obreros acudirían á los oficios que no requiriesen esas cualidades ó la dicha aplicación, y sería menester atraerlos con el estímulo de algún provecho ó beneficio que

1 Ed. Villey: *La question des salaires*, pág. 153.

se agregase al salario corriente; mas esta observación consta en las obras de Adam Smith y sus discípulos. Comprendemos que se nos hará la objeción de que no se trata de una tendencia á la igualdad que nazca de la facultad que tienen los obreros de acudir á las profesiones ó trabajos más remunerados y alejarse de los que lo fueren menos, sino de una ley general, de un principio regulador en la materia; por esta razón afirma Mr. Bauregard que el precio de la mano de obra depende de cinco elementos, siendo el primero la *productividad del trabajo*, y Mr. Edmond Villey entiende que la masa ó cantidad de bienes que deben dividirse no es el capital ahorrado antes, sino el producto bruto del taller social; que el salario se determina esencialmente porque el *trabajo sea más ó menos productivo*.

La norma ó idea capital de Walker, Bauregard y Villey, es peculiar de toda la economía política y no puede aplicarse de un modo absoluto á una sola de sus partes. Los agentes naturales dominados de una manera más amplia, más progresiva por las máquinas, capitales más abundantes, ó que dejando de estar *ociosos*, como dicen los ingleses, se empleasen por sus dueños en la industria y trabajos más largos, más inteligentes, mejor combinados por el arte, producen más riqueza, y bajo el régimen de la concurrencia un acervo mayor que dividir y más elevadas remuneraciones que dar á los coproductores. Las dos primeras condiciones enumeradas bastan, aun sin el concurso de la tercera, para que se pague más el trabajo manual.

En éste influye la población en mayor grado que la destreza, toda vez que no nos referimos á aquel linaje de esfuerzos que suponen una aptitud extraordinaria, una habilidad poco común, cuyos poseedores podrán siempre exigir un precio de monopolio; el número de los obreros les impulsa

á adquirir aquellos conocimientos y á ejercitar sus fuerzas de suerte que puedan disputarse los trabajos más retribuidos, y la prueba se encuentra en que con el transcurso del tiempo es cada vez mayor el de los que concurren ó se ofrecen á desempeñar los oficios de mecánicos, torneadores, dibujantes, etc. Dentro de cada clase de operarios, el número más ó menos grande de los que la componen será causa de una retribución más ó menos elevada. Si este hecho parece velado á nuestros ojos, es por la influencia del segundo elemento que es preciso enumerar en la ley reguladora del salario, el capital. Cuando en alguna ocasión vemos, á pesar de un gran concurso de trabajadores, jornales altos, débese á las grandes masas de capital que se utilizan en aquel ramo de la producción, ó á las ganancias que se promete el empresario.

Ni puede concebirse que hombres para quienes la labor de sus manos es la única manera de vivir, dejen de llevar al mercado la oferta de su cooperación en la producción de la riqueza: esta es la primera causa; y causa que tiene mucho de imprescindible, es fatal y necesaria.

Acabamos de decir que el capital unido á la población regula el salario: éste se toma del capital circulante: lo es el numerario que sirve para pagar el salario nominal; y si prescindimos de esa forma, porque el dinero sirve para que los obreros adquieran un hogar por el precio de arriendo, víveres, ropas, muebles, etc., como equivalencia de una suma de monedas, tendrá el mismo carácter, y para el empresario, y aun para la sociedad, serán capitales circulantes las cantidades de bienes indispensables para que subsistan los trabajadores, en quienes encarna y toma cuerpo una de las fuerzas productivas.

Mr. Bauregard presenta como el cuarto de los elementos

de que depende el precio de la mano de obra «la relación de los capitales y de los empresarios que buscan un empleo con las demandas correspondientes de la industria»; monsieur Edmond Villey niega que sea exacta la teoría clásica que supone determina el salario la relación entre la población y el capital, porque los economistas, siguiendo á Smith, dicen que constituyen el circulante el dinero y todos los objetos de consumo que no han llegado todavía á las manos del consumidor, pero que ora sin pulir ni modificar, ora de todo punto preparados ó á medio preparar, guardan fabricantes y mercaderes, para los pedidos de su clientela, y esta clasificación no es científica, según Mr. Villey; en el capital, factor de la producción, no cabe comprender el *producto*. Acabadas ó sin concluir las modificaciones que el hombre le hace sufrir, materia bruta ó preparada, todo eso es el *objeto* y no el *instrumento* de la producción; todo eso es *riqueza*, pero no es *capital*: todo eso no se forma por el ahorro, como el último, sino que es el producto del trabajo *actual* del hombre. Y esto hace que la cuestión quizá no tenga grande importancia bajo el punto de vista de la demostración que intenta hacer: para nuestro autor, si se quiere que formen parte del capital, que constituye *el fondo de los salarios*, la hulla ó el hierro que se extraen de las minas, la lana que el criador corta en el dorso de sus carneros, el algodón, el lino, etc., debe concedérsele que habrá tanto más de esos valores ó riquezas, cuanto mayor sea el número de los obreros que en su preparación intervienen, y cuanto más productivo sea el trabajo de los mismos; de modo que para ese género de supuesto capital parece evidente, *à priori*, que la parte de cada uno será mayor á medida que sea más considerable el número de productores y su trabajo más productivo; y de esta suerte, queda destruída

la proposición en cuya virtud la cuota de los salarios se fija y establece por la relación entre la población y el capital, proposición que carece de sentido, ¡porque la población es la que hace el capital!

En primer término nos será fácil observar que Mr. Villey rechaza el concepto del último que los economistas admiten, sin discrepar en el punto concreto de su oposición; ya pensemos que es *todo producto acumulado que se destina á una producción ulterior*, ya prefiramos definirlo: *acumulación de valores para satisfacer necesidades futuras*, habrá grande diferencia entre estas dos ideas, pero la una y la otra se dilatan á los productos, á los que afirma Mr. Villey que no son *instrumento* de la producción: de modo que la máquina formará parte del capital, pero la lana, primera materia para fabricar paño, ¡no lo será! El laureado autor no quiere conocer que la naturaleza de la fuerza productiva que nos ocupa es el origen de la definición que leemos en gran número de tratadistas. Cosa manifiesta es que aquélla presupone la acumulación de los bienes y que en ella aparece el carácter jurídico de la propiedad; pero que deba componerse de valores ó productos que tengan funciones económicas diversas, como de los reservados al consumo y de los que se aplican á producir, es contrario á la razón y opuesto á los principios y á los fines de la economía política ¹.

En segundo término, no juzgamos lícito contradecir la doctrina de que el capital limite la industria. Mr. Villey cree que los bienes comprendidos por error en él circulante, los productos cuya fabricación está terminada, ó las primeras materias aun no convertidas del todo en productos, se aumentarán á tenor del número de obreros y de la eficacia

1 Ricca-Salerno: *Sulla teoria del capitale*, pág. 63.

y vencedora energía de su trabajo. Pero aunque concedamos el supuesto, y sería gratuita nuestra concesión, porque no es posible separar las tres fuerzas productivas, agentes naturales, trabajo y capital, si ha de conseguirse un resultado útil, todavía no nos fuera dable asentir á que esos productos que nacen del *trabajo actual* pudieran utilizarse como *salarios actuales* también. Puesto que en forma de numerario ó en la de víveres, trajes, dinero para pagar el arriendo de la casa, de todas suertes, los dichos bienes y valores han de existir forzosamente antes de dar comienzo á los actos necesarios para toda producción: en el período que media entre ese iniciarse y empezar y el punto en que termina, los trabajadores han de subsistir á expensas de un fondo acumulado, de ahorros que existen de antemano, puesto que no es imposible que bajo el régimen del cambio ocurra una baja general de los precios, resulten pérdidas para los empresarios y no sabemos que sea dable sustentar á persona alguna con un *déficit*. No se acepte, si no se quiere, la frase *el fondo de los salarios*; no tenemos interés en que esas palabras que usan los ingleses se repitan fuera de aquel reino; empero no renunciemos á defender la doctrina esencial de que el capital suministra cuanto consumen las clases trabajadoras y cuanto es menester para que la industria realice sus operaciones sobre primeras materias, máquinas, herramientas, edificios, etc. ¡Quién podrá negar que del capital tomamos cuantos elementos, bienes ó valores, para emplear términos más claros y precisos, han de destruirse en ensayos más ó menos atrevidos, en empresas más ó menos audaces y cuyo fin es quizá el mal éxito, la pérdida total de las sumas anticipadas! El capital es la víctima sacrificada en aras del error y del obstáculo. Y es precisamente uno de sus rasgos distintivos que se componga de

productos, que sea resultado de trabajos anteriores; no lo es la materia misma y sí el destino que reciben. En resolución, entendemos que no es admisible el principio á que da tanta importancia Mr. Villey.

Por lo que concierne á los cinco elementos que según Mr. Bauregard regulan el salario, hemos probado que el primero, á saber, que el trabajo, sea más ó menos productivo, se subordina al desarrollo de la población; el segundo, ó sea relación del producto neto esperado con la suma indispensable para obtener el concurso de los capitales y de los empresarios que la industria necesita, notaremos que si de algún modo puede influir la esperanza de los beneficios que se logren en el salario, ó la cantidad precisa para que las riquezas acumuladas se truequen en capital, llegue á causar alguna alteración en el precio del trabajo, no será más, en suma, que por razón de que ese capital circulante existe más ó menos cuantioso, represente una masa divisible entre los obreros más ó menos grande: el tercer elemento, esto es, relación de la población que procura obtener una retribución con los empleos disponibles, puede admitirse en un orden secundario, siempre y cuando aceptemos que aun existiendo capitales de mucha entidad, la industria, por causas perturbadoras, por guerras, revoluciones, crisis rentísticas ó del crédito, no emplea el número de brazos que en rigor tiene recursos bastantes para emplear: el cuarto elemento de los que vamos enumerando, que consiste en la relación de los capitales y de los empresarios que buscan un empleo con las demandas correspondientes de la industria, nos parece que se encierra por completo en la teoría que juzgamos nosotros verdadera, puesto que, en resolución, figura en primer término el capital y de su cantidad depende la extensión de los negocios; y si bien es innegable que la demanda de los capi-

tales puede ser inferior á la oferta, este hecho, que ejerce influencia en el interés, sólo de una manera indirecta llegará á originar cambios en el salario; y por último, el quinto elemento á que se refiere Mr. Bauregard, á saber, la condición económica de las tres clases que cambian de consuno (capitalistas, empresarios y obreros), sus ideas, sus costumbres y el estado de sus relaciones, constituye un conjunto de móviles, impulsos, orígenes de actos y convenciones no ajenos en rigor á la remuneración del trabajo manual, pero pasajeros á las veces, siendo otras obstáculos que se vencen ó se comienzan á vencer y que carecerán siempre de la universal fuerza, de la aplicación constante de los dos que hemos señalado más arriba y que juzgamos ocioso repetir.

Pocos autores habrá que hayan defendido con más vigor que Stuart Mill la ley que determina el salario según la escuela inglesa, y, sin embargo, el ilustre economista no vacila en asegurar que hay especies de trabajo cuyo salario se fija por la costumbre y no por la concurrencia; así en Inglaterra se paga á los criados mucho más que el precio de sus servicios, sea porque los amos quieran que se les sirva con celo y que permanezcan á su lado, sea porque no quieran hacer un contrato muy duro con gentes que ven todos los días, ó sea porque les disguste hallar á cada paso cerca de sí personas que tengan el aspecto y los hábitos que son peculiares de los que viven con pocos recursos ¹.

En estos casos hay hechos ó bien ocurren circunstancias que modifican la concurrencia.

En resumen, las nuevas teorías de algunos escritores

1 *Principios de Econ. polít.*, lib. II, cap. XIV, párr. 7.º

anglo-americanos y de otros franceses, como Bauregard y Villey, no cabe afirmar que constituyan una provechosa innovación, una importante y feliz modificación en el capítulo que concierne á los salarios; á lo menos ese es nuestro parecer.
